



Los deslices étnicos del óscar: cine, premios e identidades

RESEÑADO POR MAURICIO SÁNCHEZ ÁLVAREZ

Los premios siempre tienen algo de arbitrario, y cuando se trata de los óscar hollywoodenses también un tinte superfluo. Después de todo, ¿qué seriedad merece una academia cinematográfica que no haya reconocido la labor de directores como Stanley Kubrick, Robert Altman, Alfred Hitchcock y Martin Scorsese? (Bueno, para el caso, algo semejante puede decirse de la Academia de Letras Sueca que nunca galardonó con el Nobel a Borges, ni a Kafka ni a Proust, ni a Joyce ni a Yourcenar.) De modo que aquí no me ocuparé de la idoneidad del óscar, sino de algunos posibles significados que, desde mi punto de vista, subyacen al premio en su edición más reciente, y que están relacionados con situaciones de carácter étnico.

Para empezar, quisiera remontarme a la entrega anterior, a la del año 2002. Me llamó la atención que los premios de actuación protagónica (llamados al “mejor actor” y a la “mejor actriz”) y el llamado óscar honorario (que se entrega por trayectoria) fueron otorgados a afroamericanos, respectivamente, Denzel Washington, Halle Berry y Sidney Poitier. Vi las actuaciones de los primeros dos, y en verdad no las sentí memorables. Peor aún, si las consideramos como expresiones arquetípicas (o sea de roles sociales),

ambas eran un poco denigrantes. Washington hizo de policía torpemente corrupto (violento y chantajista), y Berry de ama de casa, deprimida y seductora. Y no soy el único en pensar así. En una entrevista de la revista *Newsweek* con la actriz Angela Bassett, ella reveló que precisamente por eso había descartado el papel que posteriormente aceptaría Berry.

Pero, dejando de lado si lo merecían o no, creo que se pueden desprender algunos significados identitarios, para la sociedad estadounidense, de la adscripción étnica de ambos, algo que subrayó, por cierto, el premio a Poitier, quien ejerce un poder carismático sobre el público de ese país. Se considera que Poitier fue el primero en romper las barreras interraciales en el cine en dos sentidos: interpretando papeles protagónicos, con lo que logró el “sueño estadounidense” (esto es, ser exitoso, próspero y aceptado, con lo que se consigue, luchando, el estado de igualdad social); y, a través de esos papeles, cuestionando de diversas maneras la situación de las relaciones raciales en la sociedad norteamericana del siglo xx. En los años cincuenta encarnó al reo prófugo, compañero de Tony Curtis, en *The defiant ones* de Stanley Kramer. Y en los años sesenta representó al único amigo de una

chica blanca ciega en *A patch of blue*, el prospecto de marido de otra chica blanca en *Adivina quién viene a cenar*, y el policía perspicaz que resuelve un crimen en pleno sur en *Al calor de la noche*. De esta manera, Hollywood premiaba a un auténtico pionero. Gracias a Poitier, supuestamente, vinieron los Eddie Murphy, los Spike Lee, y las Angela Bassett.

Si bien tener distintas lógicas (comerciales, cosméticas y demás) subyace a los óscar, creo que en el caso de estos tres, Hollywood trató de llegar a términos con uno de los sectores estratégicos de la sociedad estadounidense en un momento crucial para el país. Unos cuantos meses antes había ocurrido el atentado contra el Centro Mundial del Comercio en Nueva York (no hay que olvidar que la premiación de los óscar de 2002 la abrió Woody Allen, quien no acostumbraba asistir a la ceremonia). Me parece muy plausible, entonces, que una de las razones por las que se premió a estos tres actores, fuera para mandar una señal acerca de la importancia de la unidad y la cohesión interna del país, en el que hay muchos negros musulmanes (uno de los cuales, Cassius Clay, se negó, décadas atrás a servir al país como soldado en Vietnam).

Aunque este año se regresó a lo habitual, premiando a actores caucásicos (Adrien Brody y Nicole Kidman), se pudo advertir nuevamente un sesgo étnico en los galardones. Me refiero particularmente a dos cintas: *El pianista* (mejor actor, mejor director, mejor guión original) y *En un lugar de África* (mejor película extranjera). Ambas son historias acerca de judíos en la Segunda Guerra Mundial, y la segunda, además, incorpora el tema de las relaciones entre europeos y africanos.

Creo que uno de los mitos definitivos de nuestra época es la terrible persecución y posterior reivindicación de este pueblo, históri-

camente decisivo para Occidente (aquí no me referiré a la espantosa tensión árabe-israelí, que es otro asunto). Debe haber cientos de películas y miles de trabajos que resaltan esta situación, de modo que también debe haber pocas personas que no sepan identificarlo, y junto con algunos de sus símbolos más reveladores, como la svástica nazi, de un lado, y la estrella de David por el otro. Y siempre está claro quién es el victimario y quién su víctima (aunque los checos –bueno, los eslavos son distintos– mostraron en *Mi querido enemigo* una comedia de hace unos tres años y postulada al premio de mejor película extranjera, cuán relativo puede ser todo aquello, cuando se mezclan las lealtades y los líos de faldas).

La negritud, pese a la opresión de siglos en el Nuevo Mundo, parece haber tenido una trayectoria distinta. Muy al estilo de su música *gospel* parece haber renacido de las cenizas de la humillación y de la caricaturización boba (con la que ingresó al cine). Proclamando su propia belleza (*black is beautiful*) al promediar el siglo xx, es un caso de gestación de orgullo, quizá de los primeros entre los movimientos contemporáneos (lo cual Poitier también encarna). Sin embargo, la negritud que se reconoce en *En un lugar de África* no es ésa sino la primigenia: aquella que aún creemos (si hemos de creerle a nuestros propios mitos) que subsiste en alguna parte, intocada, libre, simple, ya no salvaje sino silvestre. Un reconocimiento a los orígenes, y a su encuentro con una contemporaneidad conflictiva: el colonialismo europeo, la Segunda Guerra Mundial y el exilio de los judíos.

Me parece notable que Roman Polanski, un sobreviviente del gueto de Varsovia, haya logrado en *El pianista* un retrato tan vital y generoso de lo que es, precisamente, sobrevivir. Quiero decir que hubiera podido realizar algo más rencoroso y lacerante (como su *Macbeth*, que realizó después del horrible asesinato de su esposa, Sharon Tate, a manos del diabólico grupo de Charles Manson a finales de los años sesenta). Pero no. Optó por una visión más fraternal y cálida (al resaltar un lazo de amistad entre un judío y un oficial alemán, y polacos católicos) y más crítica (al mostrar que en el gueto hubo judíos tanto heroicos como traidores). Y con razón, la película acaparó numerosos premios a lo largo de 2002, empezando por la Palma de Oro en Cannes y terminando con los césares franceses y tres óscars. Se trata, en última instancia, no de un señalamiento sino de una reflexión acerca de lo cruento y fútil que resulta el conflicto humano en esa escala. No me extraña que los europeos se hayan opuesto mayoritariamente a la intervención bélica de los Estados Unidos en Irak. A diferencia de su contraparte atlántica, ellos saben lo que es una guerra en su propio territorio; entienden qué es destrucción y, sobre todo, fraticidio (un cantautor de nuestro tiempo, Sting, escribió “no hay tal cosa como una guerra que sea ganable”).

Como su nombre parece indicar *En algún lugar de África* transcurre lejos, por suerte, de la Europa en guerra. Más bien muestra el encuentro, nada fácil, entre una familia de judíos alemanes inmigrantes a una colonia británica y toda una

gama de etnias europeas y africanas: británicos (muchos), alemanes (bastante menos) y, por supuesto, los grupos locales. Narrada prácticamente a través de los ojos de una niña (que crece allá) y su madre, la cinta le da profundidad al entendimiento y la ayuda mutuas, al afecto que trasciende cualquier barrera, y le pone rienda corta a todos los conflictos (sexuales, raciales, nacionales) que pueden suscitarse. Una de las escenas finales, en que dos seres anónimos, de razas distintas, se toman de la mano por primera y única vez, lo dice casi todo. Al evitar la fácil polarización entre blancos y negros, más bien se resaltan las diferencias entre los mismos europeos: el judío, errante y nostálgico; el inglés, colono y pedante; y el escocés, súbdito de este último y socarrón. Lo africano se ve como pocas veces en la pantalla grande: rostros hermosísimos, dotados de humor y con un profundo sentido ritual. Es, en efecto, un mundo aparte.

Volviendo al óscar, si esta interpretación es válida, en 2003 Hollywood se decidió de nuevo por esas dos etnias que tanto parecen pesarle a los Estados Unidos: los hijos de Abraham, y los nietos de sus antiguos esclavos (pero vistos de lejos). Muy posiblemente lo hizo en son de paz (de hecho, las numerosas expresiones en favor de ésta durante la ceremonia fueron muy reveladoras). Es una peculiar, pero interesante, manera de compensar un difícil balance histórico. ¿Cuánto tiempo habrá de pasar para que la industria mitológica considere que lo indio o lo árabe (por sólo nombrar a dos) son indispensables?

Mientras tanto, quizá valdría la pena ponerse a trabajar en ello.